

¿QUIÉN ES ÉSTE?: LA INVEROSÍMIL IDENTIDAD DE TOMÁS RUEDA, SUS CÍRCULOS Y BIFURCACIONES

Alicia Parodi de Geltman
Universidad de Buenos Aires

Cuando los dos caballeros estudiantes, paseándose, se encuentran con el que luego será licenciado, le preguntan al modo de Rincón y Cortado, de dónde viene. Y agregan una cuestión específica: qué hace en aquella *soledad*. Quizá la única respuesta concreta que obtienen es el nombre, Tomás Rodaja. Es igualmente importante que los estudiantes inmediatamente *infieren* la respuesta negada, a partir del nombre y los vestidos. Es esta actitud la que incorpora al lector a la novela, y le indica un camino, la interpretación, a la que será instado hasta el final por un discurso particularmente hermético. Diríamos casi que desde el principio toda la novela está construida en función del lector, como un enigma a descifrar.

Como los estudiantes, tomo en primer lugar este dato del nombre. Y pido ayuda a los cervantistas franceses, quienes nos han enseñado hasta qué punto los nombres son, en la obra cervantina, preocupada por la problemática de la palabra, indicadores de identidad.

Si bien el nombre del licenciado ha sido en general interpretado como la rueda de la fortuna, aludiendo a los cambios aparentemente azarosos del personaje, muchas veces entendido como un «caso» de esquizofrenia, Augustin Redondo, en su renovador «La folie du cervantin Licencié de Verre (tradition, contexte historique et subversion)», ve en su locura una forma de iniciación, por la que Rodaja se transforma en una Rueda perfecta.

...la roue (rueda), image de la perfection suggéré par le cercle, fort utilisée dans les allégories sacrées, s'applique parfaitement à l'état de plénitude atteint par le héros, en possession d'un nouveau savoir. De plus, la roue, comme nous l'avons dit, est liée au monde de l'envers. Elle est le symbole de la réversibilité, celle-la qui permet le passage de la folie à la raison. N'est ce pas d'ailleurs une inversion de lettres que transforme vedro —forme encore attesté pour *vidrio* au siècle XVII— en son anagramme *ruedo*?¹

Es precisamente la alegoría sagrada del círculo la que quiero volver a recorrer para identificar el sentido traslaticio configurado en el licenciado. El

¹ «La folie du cervantin Licencié de Verre (traditions, contexte historique et subversion)», *Visages de la folie (1500-1650)*, Études réunies et présentées par Augustin Redondo et André Rochon, Paris, Publications de la Sorbonne, 1981. p. 43.

propósito final es colocar la novela en la estructura alegórica de la colección, según venimos trabajando desde hace un tiempo.

No desalentaríamos, sin embargo, los diagnósticos sobre esquizofrenia, que para Redondo son transformaciones o pasajes. Ocurre que este círculo se construye paradójicamente a base de bifurcaciones que luego no resultan tales. Cada descarte es resumido en otro nivel. Así, la elección final de hacerse soldado, no debería sorprender. Trataremos de mostrar que es coherente con el resto de su vida, y con su nombre de pila, Tomás 'mellizo'.

Repasemos su *currículum*: entre prado ameno y Tormes picaresco, el ahora licenciado elige el prado literario y la fama por las letras como los obispos, con lo que descarta también su posible oficio de labrador, no su condición.

En Salamanca, en efecto, va como *criado* de los dos estudiantes. Allí se enfrenta con otra opción, que me parece de vastas consecuencias:

Su principal estudio fue de leyes, pero en lo que más se mostraba era en letras humanas. Y tenía tan feliz *memoria*, que era cosa de espanto, e ilustrábala tanto con su buen *entendimiento*, que no era menos famoso por él que por ella.²

Va a Málaga, pero de esta tierra de terratenientes vuelve a Salamanca, deshaciendo al mismo tiempo el recorrido de Lázaro de Tormes (según anotación de Avalor-Arce). Antes de llegar a Salamanca, su encuentro con Diego de Valdivia lo enfrenta nuevamente a la opción armas-letras.

I. Pues bien, rechaza la vida de soldado para continuar su formación porque *las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos*. Cambia sus vestidos de estudiante por los de papagayo americano, con lo que retoma en un nivel apariencial la opción descartada. Y en su viaje por Italia *nota* lo que ve: deshecha el comportamiento picaresco de los soldados y nace su admiración: por Génova, más exactamente por los rubios cabellos de las genovesas y por *las casas engastadas, como diamantes en oro*. Como joyas, metaforizadas a la petrarquesca, así aparecen Preciosa o Leonisa. Esta primera percepción define el objeto de la contemplación de Tomás: se trata de la obra del hombre, del artificio, cuyo principio criatural está simbolizado por la mujer. Así recorrerá Italia, de ciudad en ciudad, que verá como figuras de mujer. En ese *notar* casi escritural parece ejercer la virtud de la memoria que se asocia más a su inclinación, las letras humanas que a su estudio, las leyes. Recordemos que para los humanistas, el «gran milagro de las letras» reside en que éstas conservan la memoria de los tiempos³. Es sintomático que lleve un Garcilaso. Y las *Horas de Nuestra Señora*, ¿será este libro acaso convencional y por lo tanto asignificante?⁴

² Leo por la edición de Avalor-Arce. Madrid, Castalia, 1982. T II, p. 104. Los subrayados son míos.

³ Léase, entre tantas manifestaciones del tópico, la de Pérez de Oliva, en su *Diálogo de la dignidad del hombre*. Madrid, BAE, p. 393.

⁴ Ver el trabajo de Pablo Saracino, «La presencia de Garcilaso en *El licenciado Vidriera*», comunicación leída en el Homenaje a Amado Alonso, Buenos Aires, diciembre de 1996.

Si examinamos qué itinerario elige, y qué registra en las ciudades que visita, obtendremos importantes círculos y bifurcaciones que indudablemente nos introducirán en otros niveles de lectura.

Al día siguiente de llegar a Génova, produce la primera bifurcación. Tomás, otra vez en soledad, no irá directamente al Piamonte, sino que hará un rodeo: por tierra, a Roma y Nápoles y la vuelta por Venecia y Loreto a Milán y al Piamonte. Este itinerario propuesto, sin embargo no se realiza exactamente así, puesto que el viaje incluye un nuevo círculo: desde Nápoles va a Sicilia, Palermo, Micina, y vuelve a Nápoles y Roma, antes de subir a Loreto. Comienza el viaje por Luca.

Las tres ciudades en las que se detiene el anotador del viaje del anotador —y nosotros con él— son Roma, Loreto y Venecia. Antes digamos que el viaje a Italia es una experiencia que comparte con los protagonistas de las novelas vecinas. Si bien en Roma se confiesa, como el peregrino Ricaredo, de *La española inglesa*, el recorrido es inverso a la de este pecador de ocultamiento de fe. ¿De qué se acusa Tomás? En realidad, su confesión no tiene otro peso en la trama que decir: se trata de un hombre, y por lo tanto, un débil, un pecador.

Roma, como la Virgen María, es *reina y señora* de las ciudades y del mundo. Un río, éste *famoso y santo*, como quiere la cultura clásica, conecta las ruinas de la civilización antigua con las reliquias de los cuerpos de los mártires cristiano. La iglesia se manifiesta ya institucionalizada en el Colegio de Cardenales y la majestad del sumo Pontífice.

Si Roma representa una condensación de tiempos, Venecia, asociada a Méjico, por las calles *que son todas de agua*, suma espacios a tiempos: «mundo antiguo» y «mundo nuevo». El río de Roma parece multiplicarse en mil direcciones. Es más, toda la predicación referida a Venecia (*Parecióle que su riqueza era infinita...*), lo sabemos por el arsenal, en principio parece atribuirse a América, por un *su* intencionalmente ambiguo. Todo el orbe, otro círculo. Y además, otra condensación: hasta las calles de agua de Venecia y Méjico, llegan, desde el principio de la novela, la tierra y el río, que luego se transforman en «casas marítimas». Su origen humano («la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras») es admirado aquí, al final del viaje por Italia.

Claramente: un mundo entero, que debemos a la merced del cielo y al gran Hernán Cortés. O a Colón. Sin embargo, a pesar de su cualidad de circundar el mundo, no asociaremos a Tomás al descubrimiento de América.

Es que Tomás es un pésimo navegante. Creo que deberemos pensar, más bien, en *las mercedes del cielo*. Un navegante del cielo, vestido de pájaro en apariencia de soldado, sobrevolando aguas y tierras. De América viene el papagayo, como el oro que impulsa la historia en el relato del cautivo que espeja la de don Quijote. Como el que evoca el viaje de Clemente en *La gitánilla*. O el de Marco Antonio Adorno, en *Las dos doncellas*. El mismo itinerario, pero de Oriente a Occidente, de Venecia a Méjico, es el que produce la notación del estudiante. Otro círculo vuelve a cerrarse, entre la imaginación del lector y la de Tomás, entre la sugerencia del vestido y la de los ríos.

Por vuelo de ángeles llegó desde Oriente a Loreto el aposento *donde se relató la más alta embajada*. Allí, en el centro del viaje, en el centro del

mundo abarcado por la notación de Tomás, está el principio. Tomás no verá ni la memoria de civilizaciones ni horizontes abiertos hacia América, sino un espacio cerrado: un aposento, cuyas paredes están cubiertas de ex-votos: una extraña imagen de cuerpos desarticulados, réplicas, que sin embargo expresan verdadero agradecimiento por la *muchedumbre de milagros* recibidos por la *Divina Madre* a través de aquella sacrosanta *imagen*. Como las reliquias de los mártires, vistas en Roma, estos restos evocan milagros, renacimientos que se conectan con el gran milagro inicial de la Encarnación de Dios en el mundo. Esto es, no una condensación de culturas, sino de niveles de ser.

Y también, una remisión a la colección: en un aposento como éste, con paredes cubiertas, tablas, crucifijo va a ser violada y reparada Leocadia, la protagonista de *La fuerza de la sangre*, que apreciará también como *cosa del cielo* o como *milagro*. Naturalmente el episodio recibe significación desde el aposento de Loreto. A esta altura podemos sospechar que la colección circula por los hilos de la saga del pueblo de Dios. Así, Tomás llega a Loreto por Nápoles y Roma, imprevista segunda visita, luego del inexplicable círculo por Sicilia, granero de Italia. Este descenso a Sicilia, nos envía al *Amante liberal*, donde se novela la Encarnación del Verbo, que da lugar a la llamada «Segunda Creación»; en los aposentos, vemos su plenificación en objetos, obras del hombre. También Micina es la ciudad de donde parte Cervantes cuando deja las letras y asume su condición de soldado. Una condensación más.

Ahora bien, ¿Venecia es la única de las tres grandes ciudades que no evoca a la Virgen? Venecia recuerda a Venus, figura de la Virgen, y así como la imagen de sus calles de agua nos conectan con América, el nombre, Venecia, abre calles discursivas que nos lleva a los *veneficios* con que la dama de todo rumbo ataca el libre albedrío del licenciado. Por otra parte, Venus está detrás del segundo retrato de Leonisa, surgida del mar en Chipre, en el *Amante liberal*⁵. León es el cristo resucitado. Leon-isa es león-mujer. Por su historia y por la metáfora que la rodea la hemos reconocido como la como la Inmaculada. Venecia es la ciudad del león, por el atributo de San Marcos, intérprete de San Pedro, cuyo Evangelio es uno de los cuatro ríos que parten de un centro, la Virgen. Pues bien, Marcos es el evangelista que comienza su Evangelio con la predicación de Juan el Bautista. Y el único que cuenta su degollación.

Roma es también *león* por sus uñas (las ruinas) que muestran *grandeza y ferocidad*. Para llegar a Italia, el peregrino ha pasado por el golfo de León, donde una terrible tormenta desvió la nave que llevaba a Cervantes de vuelta a España. En el *Quijote*, el cautivo Ruy Pérez de Viedma le sirve a nuestro autor para juntar la captura con el triunfo de Lepanto. Podríamos suponer que este viaje de Tomás a través del golfo de León va a terminar en una victoria para la cristiandad tan decisiva como la que los españoles agradecen a la Inmaculada.

⁵ Ver mi trabajo «El cuento de los dos poetas en *El amante liberal*», comunicación inédita, leída en el I Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Almagro, junio de 1991.

Indudablemente, el viaje de Tomás evoca involuntariamente la del Espíritu aleteando sobre las aguas, del Génesis. En verdad, su mirada podría ser la de un ángel que anticipa toda la creación hasta el final de los tiempos. Su admiración se centra en una mujer: la Virgen Inmaculada, en quien se encarna el Verbo. Las asociaciones nos han llevado quizá demasiado lejos, pero creo que este viaje peregrinante «prepara un camino».

¿Es demasiado asociar el vestido de labrador de Tomás con la labranza del artificio? ¿Sabrá «labrar», como sabe leer y escribir, y así escribir una novela al arzobispo de Sevilla, como hicieron Isabela, la industriada protagonista de *La española inglesa*, y su «autor», Cervantes?⁶ Indudablemente Tomás pertenece a la Segunda Creación, que replica en imagen la Primera. Pero no escribe ninguna novela. Al volver indemne a Salamanca, después del circuito por los países en guerra, el último de su viaje, Tomás se recibe de abogado.

II. Cuando deviene licenciado Vidriera, Tomás habla⁷. En su primer parlamento (*¿Soy por ventura el monte Testacho de Roma...?*) asume la cuestión vital planteada por los estudiantes, desde el principio.

Pero luego, siempre contesta preguntas. Sobre las relaciones entre los hombres, en Salamanca, su tierra natal; sobre oficios, en general, cuando es llamado a la corte. No lo vemos más extasiado en la contemplación del mundo. Más bien, ocurre lo contrario. Y por eso, el nombre de la completud, *rueda*, designa ahora al mundo convocado por las palabras del Licenciado, que ahora ocupa el centro de *la rueda de la mucha gente*. Debemos, sin embargo, marcar las diferencias con el discurso unificante de Ricaredo, el protagonista de la novela anterior, *La española inglesa*, también un peregrinante en Roma, también centro de un público pendiente de sus palabras. Aquí, no se trata de la voz con sentido, aquella que une dos fragmentos de una historia. Si no fuera por Edward Riley⁸, supondríamos, que el Licenciado dice «bernardinias», como Diego Cortado. No: Tomás responde con sentencias ingeniosas, juegos de palabras, citas. Un lenguaje que establece una distancia: por que hay que descifrarlo. Pero además, porque juzga. Se trata de palabras que se ajustan a cosas. A su amor por las letras humanas junta ahora su definición académica: es persona de la Justicia.

Edward Riley propone que la biografía de Tomás Rodaja está compuesta de dos géneros biográficos, la narración y la colección de apotegmas. Se apoya en la idea de que éstas —como *La vida de varones ilustres*, de Diógenes Laercio—, eran consideradas en el Renacimiento como verdaderas biografías. Guiados por tan interesante observación, leeremos las sentencias

⁶ Ver mi «*La española inglesa* de Miguel de Cervantes, y la poética de las adversidades provechosas», *Filología*, XXII, 1 (1987), Homenaje a Celina Sabor de Cortázar, pp. 49-64.

⁷ Ver el trabajo de Silvia Quarleri, «El licenciado: loco “locuaz”», leído en el homenaje a Amado Alonso, Buenos Aires, diciembre de 1996.

⁸ En «Cervantes and the cynics (*El licenciado Vidriera* and *El coloquio de los perros*)», *Bulletin of Hispanic Studies*, LIII, 1976, 189-200.

del Licenciado como respuesta a la pregunta inicial.

Pero antes recordemos que cuando Tomás se decidió a emprender el viaje a Italia, llevó consigo, aparte de las devociones a la Virgen, un Garcilaso, pero sin comentario, no exactamente lo que hubiera llevado un filólogo. De Roma, como el monte Testacho, lleva reliquias: las cuentas, fiel a su devoción mariana y aparece ahora un signo crístico: los *agnus*, hechos con la cera del cirio pascual, a los que seguramente ha acudido durante la enfermedad. Recordemos, además, que aunque en otro tiempo se ha negado terminantemente a portar bandera, sin embargo, para ejercer de Licenciado, debe pasar por la alferecía, y quizá eso lo devuelve a la vida. Así, por lo menos, se representa al Cristo resucitado, con un estandarte en la mano.

Prevenidos por esta contextualización con sugerencias crísticas, diremos que el primer apotegma (*Filiae Hierusalem, plorate super vos et super filios vestros*) recupera el dilema de la identidad en un nivel alegórico: por un lado, pronuncia las mismas palabras que Cristo cuando comienza su pasión, y al mismo tiempo, en su condición de loco fracturable, parece identificarse con las patéticas Hijas de Jerusalén.

El último apotegma en discurso directo es una respuesta, casi un documento de identidad: *Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: «Nolite tangere Christos meos»*. La cita de las Crónicas se completa: *et in prophetis meis nolite malignari*. El licenciado, que se desespera porque no lo toquen (lo contrario que su patrono, el apóstol), es seguramente un profeta y por ello un consagrado, esto es, un Cristo. (¿No quería, acaso, ser obispo?). Con unción de consagrado cita al autor de las palabras que recibe como un vaso de vidrio virginal y luego trasmite: el Espíritu Santo. No nos extraña entonces que un profeta hable «de improviso», como responde Preciosa al canto amebico, o como ayuda el poeta catalán al andaluz, en el cuento de los dos poetas del *Amante liberal*, o como hablan milagrosamente los perros del *Coloquio*.

Pero además, el *Nolite tangere* atrae el famoso *Noli me tangere* que dice Cristo a la Magdalena después de resucitado. Otra vez deberemos completar la cita para entender: *Noli me tangere; nondum enim ascendi ad Patrem meum*.⁹ La figura de la Magdalena evoca a la dama de todo rumbo y manejo. De modo que el episodio del membrillo, interpretado generalmente como el pecado original, añade a este recuerdo de los orígenes una alusión al punto de llegada: el padre.

Con la remisión de citas Cervantes parece imitar la circularidad discursiva del profeta, cuya función no es predecir circunstancias futuras, sino corregir pecados a la vista de los designios eternos. Es más, toda la colección parece pensada en esta circularidad sagrada entre principio y fin: pensemos que Preciosa es raptada —esto es, comienza su peregrinación— el

⁹ Juan, 20, 17. Los Padres comentaristas establecen esta relación entre principio y fin. En la *Catena aurea*, Santo Tomás cita el comentario de San Gregorio a este pasaje: «He aquí borrada la culpa del género humano en el mismo sitio donde se cometió porque en el paraíso una mujer transmitió la muerte a la humanidad, y desde el sepulcro una mujer anunció a los hombres la vida».

día de la Ascensión, como anticipo del ascenso destinado y que en la profecía de la bruja está anunciado el descubrimiento del origen de los perros del *Coloquio*.

Otras cosas se siguen del último apotegma oral: no sólo constituye un *identikit* del personaje y su horizonte cognitivo. Además nos provee de una estrategia epistemológica para recorrer la etapa más fragmentaria y por lo tanto más hermética de la que ahora llamamos «autobiografía»: para saber qué es un profeta y de quién es figura alegórica, cruzaremos los latines con los juicios positivos.

Como el juicio sobre los consagrados, el de los escribanos es una de los tres que no tiene mezcla de crítica. Es del Eclesiástico. Dice: *In manu Dei potestas hominis est et super faciem scribe imponet honorem*.

Los escribanos, según ésto, reciben de Dios la autoridad sobre el hombre. Igual misión de intérprete que el profeta, pero en el ámbito del poder. Mas cercano a un licenciado en leyes. Los escribanos no son jueces, pero los ayudan a ejercer su oficio. De la misma manera, los profetas son «ayudantes».

¿Los escribanos, intérpretes divinos? Creo que el licenciado se está refiriendo a los que ponen por escrito los dictados del Espíritu Santo. Salvo la voz, en todo son semejantes a los profetas. Son sus mellizos. Un monje de la Orden de San Jerónimo, el primer traductor al latín de las Sagradas Escrituras —un mellizo de Tomás— es quien puede curar al Licenciado, porque sabe enseñar a hablar a los mudos. ¿Es coherente que haga callar al licenciado? ¿O es que su voz devendrá escritura?. Desde aquí era previsible el final: en adelante Tomás hablará (fama viene de *femí*, decir), a través de la fuerza de su brazo.¹⁰

Dos latines más ayudan a configurar la semblanza: a propósito de los poetas y los médicos, oficios no siempre ejercidos virtuosamente.

El oficio de poeta le es referido directamente (*le preguntó un estudiante si era poeta*). A diferencia de la definición de *La gitanilla*, (la poesía es una doncella), el licenciado opta por otra, también de raíz clásica, más acorde con su condición de estudioso: la poesía es una ciencia. Sin embargo, fiel a las letras humanas, define a los buenos poetas con tres Ovidios textuales, y sólo una alusión a Platón, en realidad el primer «definidor»: los poetas, como los profetas y como los escribas, son «intérpretes de los dioses». Son adivinos. En el *Coloquio de los perros*, dirá «profecía o adivinación».

No es lo mismo. Quizá la diferencia la encontremos en el oficio de médico. Otra cita del Eclesiástico, como la elegida para los escribanos, le sirve para decir que también los médicos reciben su disciplina de Dios, y aún los remedios que obtienen de la tierra. El médico por lo tanto está más

¹⁰ A propósito, la *Flos Sanctorum*, compara a san Jerónimo con Moisés: ambos abren un camino al pueblo de Dios: uno por las aguas y la escritura del Pentateuco, el otro por la traducción. Como Moisés, como Cervantes —esto es observación de Denise Estremero («Una poética de la paradoja. La presencia de los *anawin* en las *Novelas ejemplares*», en el Homenaje a Amado Alonso, Buenos Aires, diciembre de 1996)—, Tomás, el «mellizo», debe pasar además de la alfercía por la tartamudez. A Moisés, Dios le sugirió acompañarse por su hermano Aarón, más locuaz.

cerca de la materia, pero es sin duda su cualidad curativa la que lo acerca a los escribas y profetas, que están, claro, en un nivel de esclarecimiento tal que no admite imperfección, como sucede con poetas y médicos, donde se debe discriminar entre los buenos y los malos.

Uno estaría inclinado a suponer que las virtudes están distribuidas según la estratificación social, dado que los oficios más bajos reciben juicios exclusivamente negativos (los mozos de mulas, por ejemplo, un recuerdo autobiográfico, alquilan mulas con «ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano»).

Sin embargo, los comediantes, en su totalidad, como los consagrados y los escribas, reciben —en español— la mayor cantidad de elogios. Y, diremos, condensan la mayor cantidad de remisiones a la colección y a esta misma novela. Y lo que es más importante, al prólogo de la colección.

Los comediantes, galanes, gentiles hombres, no personas bien nacidas, deben tener lenguas expeditas y no tartamudas. Trabajan con su memoria y de lugar en lugar, como los gitanos de la primera novela y también como nuestro profeta. No engañan a nadie, defecto derivado del hurto, especialmente castigados en la colección. Porque como Tomás, o como Cervantes, sacan su mercadería a la plaza pública. De modo que el trabajo de los «autores» es increíble. Como ellos, como Cervantes, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación, y como son las cosas que honestamente recrean». Casi las palabras del «Prólogo» a las *Novelas*. Re-crear diciendo la verdad con trucos, esto es con lenguaje cifrado, es función del profeta.

Para en esta novela del «locuaz», hay diferencias, y Cervantes las marca con los lenguajes: para el comediante, el novelista (la voz, la escritura), otro par de mellizos, no usa la alta mediación sacra de los latines escriturales (el Eclesiástico para las funciones correctoras de médicos y escribas, las Crónicas para los consagrados, el Nuevo Testamento para la entrañable relación sacrificial entre madre e hijo) ni el refinado latín de los humanistas destinado a la poesía, sino un nivel de mediación mucho más cercano al hombre histórico, como el de los estudiantes que pasean o los caballeros cruzados que entretienen su ocio jugando a las cartas y paseándose en una sala de Madrid, en *La gitanilla*.

Para estos mellizos «recreadores», nuestro autor usa el español.

Hemos dejado para el final de este recorrido un latín compuesto de diversos latines: discursivamente es un emblema de la circularidad y la fractura, el famoso *Nemo: Nemo novit Patrem; Nemo sine crimine vivit; Nemo sua sorte contentus; Nemo ascendit in coelum*. Los Evangelios sirven para la mediación del Hijo en el ascenso del hombre al Padre, un latín con tradición medieval para el pecado del mundo, Horacio para la moralización del humanista sobre la envidia de la «suerte» y el consecuente descontento con su propia «suerte», que es, interpretamos, el reencuentro con el Padre, la circularidad de principio y fin, a través de la ruptura (el crimen) y la religación.

Los *Nemo* definen al hombre y definen al licenciado. Si pensamos en la identificación del licenciado como profeta, veremos que su cualidad de guía, lo asemeja, como los escribanos, al Hijo que sí conoció al Padre y muestra el camino hacia Él, mientras que el «contento» nos remite, por una parte, a los

comediantes recreadores (un poco médicos, un poco poetas), cuya específica oralidad, sin tartamudez alguna —propia de los escribas— es característica inherente de la locura del Licenciado¹¹; y por otra, se opone al llanto de las Hijas de Jerusalén, una de las cuales sí aceptó con alegría su suerte.

Volvemos, entonces, al dilema alegórico: asociamos a los Nemos evangélicos, la mediación desde arriba, la mediación del Cristo como imitador del Padre, mientras que los Nemos centrales muestran la mediación desde la misma limitación criatural, cuyo modelo es la Virgen.

Recordemos ahora la elección entre letras humanas y leyes, citada al comienzo. Cuando trabajamos con el viaje del amante de las letras humanas a Italia, terminamos proponiendo una alegoría: el humanista como el Espíritu de Dios que aletea sobre las aguas, o un ángel, un peregrino sobrenatural. En todos estos casos, se trata del El Espíritu Santo como Paráclito del Padre Creador, el gran artífice. Se explica que sea criado, como buen Paráclito. Su prodigiosa memoria, asociada las letras humanas, es la potencia del alma que San Agustín y la tradición cristiana asocian al Padre. Como Paráclito del Padre, se entiende entonces su admiración por la Virgen, y las ciudades que, como emblema del artificio humano, la representan.

Insistimos en que va «vestido» de labrador, esto es, es figura de él. También en su locura: porque la labranza es símbolo de la Segunda Creación. Por eso decimos que en esta segunda etapa es hombre que imita al Cristo, está «investido» por El. No se equivoca en su primer parlamento cuando se refiere a sí mismo como Monte Testacho y de Roma. Una de las tres dignidades del Cristo es la profética. Ricaredo y Rodolfo, los protagonistas de las novelas vecinas imitan, respectivamente a la sacerdotal y real, las otras dos.

Como imitador del Cristo, goza de la otra potencia que se asocia como verdad a la mediación unificante, el entendimiento. Por él es juzgado por médicos y filósofos. A su vez, será juez, como el Cristo en gloria y sus verdades unirán consigo a los justos que lo rodean.

Cuando el Licenciado cita el párrafo de las *Crónicas*, que lo definen como profeta, nombra al «autor», el Espíritu Santo. Los profetas, como la Virgen encarna al Verbo, transmiten el mensaje en palabras. De allí su locura: su cuerpo, como vaso de vidrio, contiene al humanista y acerca, como las aguas, todo lo que existe en el orbe, incluso al espíritu que como ángel traslada la embajada. Si su oralidad específica, el hablar en figuras, más que esclarecedoras parábolas del Cristo, tiene algo de enigma es porque el Espíritu, esto es el Paráclito del Cristo, el que envía Cristo tras su Resurrección, en Pentecostés, permanece en el mundo, oculto tras las apariencias, tras los vasos de vidrio que son los profetas, los escribanos, los médicos, los poetas, los comediantes y novelistas, aquellos que, llenos del Espíritu como la Virgen, re-crean el Universo, tanto la Naturaleza como las artes, y con ello imitan al Cristo. Como dice en uno de los apotegmas, el Espíritu vive en los entresuelos, como el agua en Valladolid, y no en Madrid, las ciudades donde comienzan y terminan Las *Ejemplares*.

El Licenciado es tan misterioso como Clemente. Sus dos etapas, tienen

¹¹ En el trabajo de María Silvia Quarleri, ya citado.

mucho que ver con las del paje aficionado a la poesía en la corte/ refugiado por un hecho de sangre en el aduar. Si como amante de las letras humanas, lo ubicamos al principio de los tiempos, como licenciado en leyes construye la figura del final. Hay una mirada que abarca la totalidad desde el principio, otra desde el final. Esta es característica del Espíritu.

En una palabra, Tomás es memorioso como el Padre, y entendido como el Hijo, pero la potencia que anima su alma en bifurcaciones que se cierran en un nivel más alto, es la propia del Espíritu, la voluntad. El texto es claro. A propósito de la circunstancia crucial en que queda loco, dice el hechizo no pudo *forzar* su voluntad: *como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío*. La fuerza del Espíritu se hace presente allí, como resistencia al origen del pecado.

Debemos decir finalmente que no nos extraña que el humanista/juez devenga soldado: el círculo se cierra, como siempre, para generar uno nuevo. El Verbo se hace finalmente carne para labrar o re-crear la tierra, después del pecado.

Así, Diego de Valdivia reaparece para configurar la completud. Si al principio había dos estudiantes paseándose, ahora ofrecen su vida dos soldados. Pero, el nombre de Diego de Valdivia sugiere (como la del Licenciado Pozo, al final de *La gitánilla*) que en este nuevo nivel se conserva la opción descartada del anterior: Diego debió haber sido Pedro, conquistador en América. Diego y Pedro son los nombres de Rinconete y Cortadillo. Diego es todo lo contrario de Clemente, el poeta. Pedro se opone al héroe, Juan, de *La gitánilla*. ¿Cuál será ahora el nombre de nuestro protagonista?

Si la picaresca está incorporada a la historia, ahora, bajo el signo redentor de las armas, ¿por qué no la dama de todo rumbo y manejo? Si podemos leer invertida la figura del loco, como la del loco medieval, ¿qué pasa con la dama? La Magdalena es figura de Eva, Eva la inversión de María. Nuestra dama, masculinísima en su posesividad, lo es también por abarcar los destinos masculinos, armas y letras, en los viajes correspondientes por Nápoles y Flandes, ¿no puede convertirse en la madre de todos los rumbos, intercesora de todas las gracias? Cambiamos de nivel, y aparece el signo positivo, y con ello, la restauración de los roles. No ocurrirá algo así como lo que dice San Juan de la Cruz: «fuiste reparada donde tu madre fuera violada»¹².

Discursivamente también se abre una bifurcación. La fuerza del *Licenciado* dependerá ahora de *La fuerza de la sangre*, su novela melliza.

III. Cuando «de improviso» di con la clave del licenciado-profeta, de inmediato pensé en San Juan Bautista, último de los profetas y primer evangelista, autor del famoso *Ecce agnus Dei*. Pero... no se parecían en nada. Me olvidé. Al escribir las notas busqué a Marcos en la *Flos Sanctorum*, y apareció el

¹² Canción 28 del *Cántico espiritual* A. En la declaración, San Juan remite al *Cantar* (8, 5). La asociación pertenece a «Una poética de la paradoja. La presencia de los *anawin* en *Las novelas ejemplares*», citado arriba.

Bautista, desconcertante como siempre, después de haber dado por terminada la pesquisa. Resumo su vida, la natividad (24 de junio) y la degollación (19 de agosto), tratando de retener en lo posible la letra de Alfonso de Villegas¹³.

+ Después del Hijo y de la Virgen, es ejemplo de humildad. Le ofrecen ser el Mesías, dignidad que andaba junto con Dios, pero dice que no la quiere: que *no es* el Mesías. *Preguntado quién es*, responde que *voz* que clama. Quiso dar a entender que no era *nada*.

+ Dios le puso en la misma silla que Lucifer, que no tuvo semejante humildad, de modo que ganó la dignidad de *ángel*.

+ Para contar la vida de San Juan, Villegas repite a *Lucas*.

+ Zacarías no cree. Queda mudo y debe *escribir* el nombre de su hijo en la tierra, cuando nace. Y no deja de tener *misterio* que de padre *mudo* y de madre que *no habla*, nazca el Bautista que es *voz*.

+ Dios hizo *vaso* del Espíritu Santo al Bautista. A los Apóstoles *llenólos* Dios del Espíritu Santo cincuenta días después de su santa Resurrección, siendo ya hombres. Al Bautista *llenóle* antes de que naciese. Fue *virgen* perpetuamente.

+ Antes de que se apease Dios en la tierra, fue a visitar al Bautista. LLévale la Virgen sacratissima la paz, primero que a otro. Allí fue santificado el Bautista *primero que a otro en el mundo*. Lleno de gracia de Dios, allí *adoró* a Dios, *primero que otro en el mundo*, y *se regocijó*.

+ *Se le aceleró la razón*. Fue maestro de su propia madre, y por su ocasión, y por su ocasión fue *profeta*, y entonó su *voz*, reconociendo a la Virgen por madre de Dios.

+ Para evitar los pecados veniales se fue al *desierto desde niño*. También porque era *voz* de Dios y había de avisar a los hombres que hiciesen *penitencia*. Si es *voz* de Dios, vayase a *romper* al desierto. *No era penitencia de culpa*. *Había de ser espejo y dechado de Clérigos, de Religiosos y de Sacerdotes*. *Finalmente había de dar testimonio de Cristo*. Es padre de todos los ermitaños que buscan la *soledad*.

+ Dejó galas y vistió *una ropa hasta el suelo*, hecha y tejida de cerdas y pelos de camellos, *ceñida* a sus carnes. Su comida, miel silvestre, que exponen algunos, eran *yerbas* que tenían este nombre. Si llovía le caía sobre sí. Si nevaba, si granizaba, de la misma manera. El sol le *labraba* de Verano. El frío de Invierno. *Descalzos los pies*.

¹³ Toledo 1591. BN, raros, 14743.

Sale dando voces. Diciendo: *Haced hombres penitencia. Mirad que se os acerca el Reino de Dios.*

+ Al principio oyéronle algunos pastores. Pensarían si era *loco*. Oyen sus razones. Entienden que *no es loco sino muy avisado*. Dan noticia por los pueblos. *Vienen de todas partes*. Ejerció su oficio de predicador de tal manera que vino a *perder la vida*.

+ También *imitó* a Jesucristo en cuanto hizo en el mundo, al modo de una *Comedia*. San Juan hizo el introito. Había Cristo de predicar, bautizar y morir. Todo lo hizo primero San Juan.

+ Por eso, dice San Ambrosio, en vida es tenido por el Mesías. Y en muerte el Mesías es tenido por él.

+ Herodes oye la *fama* de Jesucristo y dice: El Bautista a quien yo mandé degollar, es éste, que ha resucitado. Se preguntaban *Quién es*.

+ Herodes había mandado degollar al Bautista, a pedido de la adúltera *Herodías*, quien maneja a su hija para que reclame este premio por su baile. El Bautista, *predicador palabrero*, así «pierde la cabeza».¹⁴

¿Y el bautismo? ¡Ah! Hay que buscar en la vida del mellizo, Jesucristo, y leer desde el capítulo destinado a al episodio de Cristo a los doce años entre los doctores (el Precursor tendría *once* en uno similar), y confrontarlo sobretodo con el comienzo de la novela. Y están, por supuesto todos los ríos del viaje a Italia.

He querido no modificar el trabajo, porque en realidad las dos primeras partes muestran la densidad de sentido con que Cervantes construye su alegoría, la tercera habla de la técnica de desplazamientos y condensaciones de que se vale para incorporar los datos paratextuales. Además, el trabajo sin deletes da testimonio de la lectura a la que induce un texto particularmente enigmático.

¹⁴ Junto con la degollación de Juan, Cervantes evoca otra, de otro licenciado en leyes crítico del poder, otro «mellizo», Tomás Moro, cuya vida privada parece dibujarse detrás de Tomás Pedro, en *La ilustre fregona*.